

## La devoradora de libros<sup>1</sup>

MARÍA ANTONIA PEÑA GUERRERO

Universidad de Huelva

*España*

guerrero@uhu.es

(Recibido: 07-12-2020;  
aceptado: 08-12-2020)

Se atribuye a Sir Francis Bacon la célebre frase que dice: “Algunos libros son probados, otros devorados, poquísimos masticados y digeridos”. Pónganla en su buscador de webs y verán que les remite, al menos, a una decena de miles de páginas. La frase es tan rotunda, tan visual y tan potente que la han usado como eslogan o reclamo para ferias del libro, librerías, editoriales y comercializadoras de todo tipo. Son innumerables las veces que ha rodado por las redes sociales, engrosando esa interminable colección de dichos y citas evocadoras que buscan mover y conmover. Ni siquiera hay seguridad plena de que, realmente, Bacon la pronunciara en algún momento y no parece, desde luego, que la dejara por escrito. Sin embargo, he de admitir que a mí me gusta y seguramente sea porque establece una conexión bastante directa con el hecho de comer y, a su vez, con la sensación de hambre y, al mismo tiempo, con las distintas formas que tenemos de saciarla. Me reconozco en ella, en definitiva, porque también yo, a lo largo de mi vida lectora, he probado libros, los he devorado compulsivamente o los he saboreado y disfrutado como si fueran el último manjar que me fuera dado ingerir.

En la compulsión por leer hay algo, similar al hambre, que nace en un lugar oscuro y recóndito de nuestras entrañas –de nuestras entrañas intelectuales, claro– y que nos empuja de forma casi atávica hacia las estanterías no solo para satisfacer una necesidad pujante y vital, sino para deleitarse también de forma inefable con el proceso. Y confieso, sin ningún temor a mi condena, que en todos los pecados de la gula lectora he caído, de distinta forma y en distinta medida, a lo largo de mi vida. Sobre todo en estos últimos años, he probado libros –como quien pellizca un pastel–, abandonándolos en la segunda o tercera página porque desde el principio me han defraudado o porque algo nimio se ha

---

<sup>1</sup> Para citar este artículo: Peña Guerrero, María Antonia (2021). La devoradora de libro. *Álabe* 23 [www.revistaalabe.com]  
DOI: 10.15645/Alabe2021.23.16

cruzado en nuestra relación: el autor no ha usado correctamente el punto y coma o falla en una apreciación del contexto; el traductor no ha captado bien el sentido de la idea; la descripción aburre y no evoca; adivino el final; la autora abusa de los diálogos... Así de mística y escrupulosa se vuelve una cuando, con el paso de los años, se hace un cálculo algorítmico de todo lo que nos queda por leer y del poco tiempo que nos queda ya para leerlo. En fin, si no he sido conquistada, seducida y abducida en unos pocos párrafos, la misión queda abortada y a otra cosa, que el tiempo es más escaso que el oro y no se puede desperdiciar. Y, de alguna forma, con esta crueldad lectora, compenso y equilibrio todos aquellos años de mi infancia y de mi juventud en los que, infinitamente generosa, ansiosa y confiada, devoré libro tras libro, sin reparar en daños... y como si no hubiera un mañana.

No obstante, entre los abandonados sin misericordia y los devorados con fruición y hasta sin exigencia, se extiende ese otro vasto territorio de los grandes descubrimientos literarios, de los libros escogidos y reservados, de los cultivados en los más profundos rincones del alma, de los absorbidos y metabolizados por el espíritu y reelaborados por la conciencia propia. Todos esos libros, en definitiva, que, sin saberlo, me dieron un mordisco y me dejaron una herencia, a veces diminuta, pero tan valiosa como inmaterial.

Curiosamente, los primeros libros que leí no eran libros. Pero no albergo la menor duda de que deben aparecer en estas líneas, pues sospecho que fueron parte del origen y de la causa de mi problema con la adicción lectora. Los cuentos que mi madre me contaba – esa ristra clásica de caperucitas, cenicientas, blancanieves, flautistas, pulgarcitos y ratitas presumidas –, repetidos una y otra vez hasta la saciedad, si bien en versiones distintas que se adaptaban a nuestra vida cotidiana y en las que variaba el elenco de protagonistas, son parte fundamental de mis cimientos, de esos cimientos que se hundan, incluso, allí donde no llega el recuerdo. Y, si me apuran, les sumaría también los antiquísimos romances que mi abuela Emilia recitaba, aprendidos seguramente en su perdida aldea de la serranía de Ronda y que rezumaban aliento lorquiano, y sus cuentos de nunca acabar, como aquel de “un rey que tenía tres hijas y las metió en tres botijas y las tapó con pez...”. Bendita transmisión oral.

Cuando yo era pequeña, en mi casa, como probablemente en todas las casas de gente humilde y trabajadora, no abundaban los libros: más bien, escaseaban clamorosamente. Y esto, que, en principio, podría ser considerado como una carencia grande y decisiva – y, sin duda, lo es –, pienso que convirtió a los pocos libros que había en objetos extraordinarios, de valor incalculable a mis ojos, que las circunstancias obligaban a leer y a releer. Suele decirse que la afición a la lectura se adquiere por imitación, siguiendo el ejemplo recibido o inducida por el ambiente culto y librario en que se vive, pero, sin poner en duda que esto pueda tener mucho que ver, estoy segura de que igualmente debe de existir algo en nuestro ADN, que algún día identificará y descodificará un lúcido genetista, que nos determina inexorablemente y nos empuja hacia las letras.

En esa época de escasez libresca, alguien de la familia me regaló un precioso cuento ilustrado en el que se describía la visita de un niño y una niña a una granja. Y

también rodaba por mi casa un libro sobre la ciudad y los museos de Roma que nos había enviado una tía monja de mi padre. Aún recuerdo las imágenes y parte de los textos, porque debí de leerlos cientos de veces. No sé si un buen psicoanalista que me tuviera ante sí sobre un diván responsabilizaría a estos libros de mi amor por los animales y por el arte, pero de lo que no me cabe duda es de que mi primera visita a la capital de Italia, muchos años después, fue uno de los *déjà vu* más emocionantes de mi vida. Puede que hubiera algunos libros más –es muy probable–, pero, por más que rebusco en las aguas caliginosas de esos primeros años, no consigo verlos. Lo cierto es que, con tan escasa impedimenta, pude salvar los muebles de mi infancia lectora y, a base de reclamar libros por cada cumpleaños y de incluirlos en las cartas de los Reyes Magos, levanté como pude el puente hacia la adolescencia con la amistosa compañía de Andersen, Grimm y Perrault, con los libros de viñetas de la editorial Bruguera, con las obras de Enid Blyton, Louisa May Alcott, Edmundo de Amicis, Herman Melville o Julio Verne y con los comics de Flash Gordon y el Hombre Enmascarado que me prestaba mi primo.

Había empezado a leer con poco más de tres años y andaba con cierta ventaja sobre la media, así que, cuando ya me había leído todo lo que estaba en mi casa sin alcanzar satisfacción plena, descubrí que también podía leerme las bibliotecas de vecinos, familiares y amigos. Me sonrío aún al recordar esas *razzias* de saqueo por sus casas y la sorpresa de algunos que, por vez primera, alcanzaban a ver que sus libros interesaban a alguien y eran algo más que un adminículo decorativo fosilizado sobre el mueble de caoba del salón. Esta forma de préstamo sin carnet ni vigilancia bibliotecaria resulta muy barata, pero tiene sus riesgos. Si la estrategia coincide con una etapa de compulsión lectora, una puede acabar leyéndose lo mejor, pero también lo peor, entregada, en el fondo, al gusto y criterio de los demás y a su flaqueza ante las ofertas, las modas y los *best sellers*. No obstante, de aquellos años de rapiña lectora, recuerdo, con sincero agradecimiento intelectual, haber podido leer *El Padrino* de Mario Puzo, *Los rateros* de William Faulkner o *Los contrabandistas* de Vicki Baum. Y a fuer de no pecar de ingratitud, no veo por qué no deben quedar aquí los nombres de las vecinas Purita y Carmen, de mi tío Emilio y de mi amiga Menchu, cuyas estanterías vacié desafortunadamente.

No puedo sino reconocer que la fiebre lectora de entonces vino alentada por Luis Carlos, un joven profesor de Lengua y Literatura que, a punto de acabar la EGB y con unos 12 años, me puso a leer a Lorca, a Machado, a Juan Ramón Jiménez y a Miguel Hernández y que, probablemente contagiado por mi entusiasmo devorador, me empujó, de golpe, a los brazos de Saint-Exupéry, de Henrik Ibsen, de Kafka y de Máximo Gorki. Caí de bruces. Y coincidirán conmigo en que esa caída iba más allá de la propia literatura y chocaba de lleno con la condición humana y con la historia, preocupaciones todas que aún me persiguen. Abierta la puerta, ya nunca se pudo cerrar. Suele criticarse la forma en que el colegio enfoca la lectura y se afirma, no pocas veces, que la obligatoriedad de las lecturas escolares aparta a la gente de los libros. No seré yo quien lo cuestione, pero no por eso dejaré de decir que no es mi caso. En el bachillerato, como a todos los de mi edad, me impusieron la lectura de Luis Martín Santos, Lope de Vega, Tirso de Molina,

Quevedo, Calderón de la Barca, Azorín, Camilo José Cela, Unamuno, Juan Rulfo, Balzac y Joyce. Y debo reconocer que fui feliz con el castigo. Luego, puesta en el camino, ya anduve sola. De Cervantes, en clase, apenas se leían y comentaban algunos extractos de *El Quijote* y de las *Novelas Ejemplares*, así que, por mi cuenta y riesgo, me zampé las dos partes del ingenioso hidalgo en sendas vacaciones de verano: sentada sobre un viejo colchón en la azotea de mi casa del pueblo, lejos de todos y de todo, a la hora de la siesta, mientras los demás dormían y a mí me sobrevolaban las gaviotas, mientras veía agitarse al viento las camisas blancas de mi padre que se habían tendido al sol como si fueran las aspas de un molino. Supe, desde entonces, que las lecturas también se nos quedan atadas a los lugares, a los momentos y a los sentimientos y que es imposible desatar ese nudo por mucho que vivamos. Supe que los libros nos construyen un refugio propio al que siempre podemos volver.

Ahora que obligaciones de todo tipo y condición me atenazan permanentemente, recuerdo aquellos años como una etapa maravillosa en la que gozaba de la mayor de las fortunas: el tiempo. No me arredraban los libros largos, ni me asustaban las lecturas difíciles; tampoco se me resistía ningún autor. Sentía que, sencillamente, podía tirar del cabo de un hilo y desplegar ante mí todo lo que se había escrito, y eso, por sí solo, me parecía algo glorioso. No tenía, como tengo ahora, ningún vértigo ante lo que me quedaba por leer y sí en cambio una ansiedad por leerlo apenas domeñada. Ahorraba para comprar libros de vez en cuando, pero mi fuente principal de suministro había pasado a ser la Biblioteca Provincial. Rebuscando en sus viejos archivadores de madera, en esos cajones estrechos y profundos, llenos de fichas de cartón colocadas por orden alfabético, con los bordes manoseados y desgastados, podía no solo encontrar lo que me interesaba, sino también descubrir lo que no conocía. No faltaba a la cita los sábados por la mañana, convirtiendo en rutina un trasiego de entregas y recogidas que únicamente empañaba la sempiterna advertencia de mi abuela cuando me veía entrar por las puertas cargada de volúmenes: “Vas a perder la vista con tanta lectura”. Tengo para mí que mi abuela volvería a decírmelo ahora, si estuviera conmigo, porque sigo leyendo y porque mis dioptrías continúan aumentando disparatadas. Y me lo diría, aún, con el mismo cariño protector y la misma envidia: ella nunca pudo aprender a leer y escribir y, a pesar de las muchas penalidades y carencias de su vida, se murió diciendo que saberlo hacer era lo que más le hubiera gustado en el mundo.

Aunque me sentía inmensamente libre en mi paraíso lector y revoloteaba de flor en flor, también recuerdo haber tenido períodos de absoluta fidelidad a determinadas épocas o estilos. Como oleadas imprevistas, me invadían, sin que recuerde ahora mismo el porqué, distintas obsesiones lectoras que me mantenían sorbido el seso durante meses para luego ir disipándose y dando paso a un nuevo interés. Recuerdo especialmente algunas: por ejemplo, mi apasionamiento en algún momento por los relatos de terror –feliz encuentro con Poe, Shelley, Stoker, Stevenson, Le Fanu y Lovecraft–; o mi rendición sin condiciones ante los grandes de la literatura hispanoamericana. En esos días, concretamente, como un ejército capitaneado por Gabriel García Márquez, me

asaltaron Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato o Juan Rulfo. Quedé cautivada y desarmada ante el *realismo mágico*, aunque muchos años más tarde, después de recorrer buena parte de América Latina, he sabido que no tenía nada de mágico, sino que era el realismo de esa tierra, a secas. Aún los frecuento, a ellos y a sus epígonos, y la vida me ha premiado, al menos, dos veces por mi devoción: la primera, cuando tuve la ocasión de conocer a María Kodama y pude disfrutar durante dos días de su conversación y sus anécdotas borgianas mientras, cogidas del brazo, recorríamos la provincia de Huelva; la segunda, el día en que, de camino hacia la ciudad mexicana de Puebla, me detuve a visitar la preciosa iglesita de Santa María Tonantzintla y en ella me encontré de improviso con Carlos Fuentes, que, quizás al ver las chiribitas de mis ojos, tuvo la gentileza de explicarme toda la simbología oculta en aquel derroche de barroco indigenista. En estas dos vivencias azarosas sí que veo yo, meridianamente claro, el realismo mágico de la vida.

Y hubo otros romances. A los clásicos griegos me entregué una buena temporada a través, sobre todo, de Sófocles, Aristófanes y Eurípides, quizás porque las clases de griego en el instituto me encantaban y su exótico alfabeto despertaba vivamente mi imaginación. Nunca leí al completo la *Odisea* o la *Iliada*, pero me empapé de Antígona, Edipo Rey, Medea, Electra... y en sus emociones universales me he visto reflejada, posteriormente, muchas veces. ¿Acaso no nos ayuda Hécuba a calibrar la dimensión de nuestras propias pérdidas? ¿O no nos empuja Lisístrata decididamente al pacifismo y al feminismo? En cuanto a este último, no soy capaz de precisar si fue antes o después, pero lo cierto es que también tuvo su tiempo: Virginia Wolf y Simone de Beauvoir lo acapararon, pero no faltó sitio para las Brontë y para Jane Austen.

A esas alturas de mi vida, el siglo XIX, casi tanto como ahora, ya me apasionaba y, como no podía ser de otro modo, los grandes autores del realismo tuvieron también su temporada de fruición lectora. Flaubert, Balzac, Dumas, Zola abrieron la puerta a Victor Hugo. Y por esa puerta siguieron entrando, con no poco atropello, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Pereda, Valera, Valle-Inclán o Azorín. No les oculto que, a veces, pienso que algunos de sus libros llegaron demasiado pronto a mi vida. Me lo demostró fehacientemente *La Regenta*, cuando volví a leerla al cabo de los años y tuve la irrecusable sensación de que estaba leyendo un libro distinto. En esto, como en todo en la vida, a veces, la precipitación traiciona. Quizás por eso, cuando hace unos años leí por primera vez *Guerra y paz*, del divino Tolstoi, o *La montaña mágica*, de Thomas Mann, no me quedó ninguna duda de que estaba leyendo estas obras en el momento adecuado y de que cualquier adelanto juvenil habría sido un perturbador fracaso. Un hilo transparente, que solo yo veo, une a todos esos novelistas del cambio de siglo con Barnes y Banville, con Zweig, Lowry, Murakami y Binet. En cambio, un abismo, que también recorro con comodidad, los separa de las crónicas artúricas y las sagas de Tolkien que hoy pueblan, junto a ellos, el mejor lugar de mis estanterías.

Pero no se piensen que mi expedición juvenil a la lectura fue todo un recorrido plagado de aciertos, autores insignes y obras incuestionables. Hubo también mediocridad

a raudales, obras de oportunidad y productos comerciales, lanzados al mercado con tanto bombo y platillo como escaso rigor. Todos ellos me ayudaron a trazar esa sutil frontera, quizás solo existente para mí, entre la novelística y la literatura. En puridad, a ningún libro guardo rencor. Con 13 años, después de leer *Seis semanas de vida*, el lacrimógeno *best seller* de Fred M. Stewart, publicado en 1979, se me quedó grabada la palabra “galaxia” y, por incluirla en una redacción de clase, la maestra me puso sobresaliente. Esta anécdota banal, tomada al vuelo, refrenda que cualquier libro puede dejarnos algo útil si sabemos entresacarlo de sus páginas, pero que un libro bueno nos dejará una herencia infinitamente mayor.

Por lo demás, todos los libros, absolutamente todos, se cobran tarde o temprano su libra de carne. La lectura es una experiencia intrínsecamente personal y solitaria. Hasta que la madurez, de repente, nos revela que podemos conversar con los otros sobre un libro, discutir amistosamente sobre un autor o hacernos recomendaciones librarias entre iguales, hasta que descubrimos que compartir la afición a la lectura puede llegar a ser, incluso, una forma de alimentar el amor, una juventud lectora es, irremediamente, una juventud que sacrifica en su altar los estándares de la diversión y la sociabilidad y los ofrece a cambio de otros intangibles: profundizar en uno mismo, penetrar lo humano, huir hacia otros mundos, visitar lo ignoto, cultivar el pensamiento, jugar con el lenguaje, aprender de todo un poco...

Miro hacia atrás y veo a la persona que yo era con la mirada de la persona que ahora soy y la veo sola. Median entre ambas centenares de libros y miles de horas de lectura en las tardes de invierno, en las mañanas de verano, en los viajes de autobús, en las noches de insomnio, en los paseos por la playa. No sé qué hacían los demás mientras yo leía –aunque puedo imaginarlo– y ya no importa demasiado: yo tenía hambre y tenía que saciarla. La saqué con voracidad, me divertí y no me arrepiento.